

# Palma y sus diversas lecturas del Inca Garcilaso

Thomas Ward  
ORCID: 0000-0001-5595-4213  
Loyola University Maryland  
tward@loyola.edu  
Maryland - Estados Unidos

## Resumen

En algunas instancias Ricardo Palma estimaba los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, pero en otras los desdeñaba y hasta borraba mención de ellos en sus *Tradiciones*. Puede ser que esta valoración se atenuaba frente al prestigio de varios «expertos» extranjeros, pero también es forzoso considerar el peso de los prejuicios antiindígenas que circulaban en los medios intelectuales de Lima después de la Guerra del Pacífico, sin olvidar sus propias inclinaciones escriturales. El presente estudio detalla los pormenores de la recepción del Inca Garcilaso en el proceso creativo del autor de las *Tradiciones peruanas* mediante su elección y apropiación de palabras y cláusulas en el contexto de la influencia negativa de escritores extranjeros y la del discurso racista del momento.

**Palabras clave:** Ricardo Palma, Inca Garcilaso de la Vega, Marcos Jiménez de la Espada, Marcelino Menéndez y Pelayo, *Tradiciones Peruanas*, *Comentarios reales*, literatura peruana, intertextualidad literaria, nación peruana, colonialidad, elección de palabras y prácticas citatorias.

## Abstract

*In some instances, Ricardo Palma esteemed the Royal Commentaries of Inca Garcilaso de la Vega, but in others he disdained them, and occasionally erased any mention of them in his Tradiciones. It may be that this appreciation was attenuated by the prestige of several foreign “experts,” but it is also necessary to consider the weight of the anti-indigenous prejudices that circulated in the intellectual circles of Lima after the War of the Pacific without forgetting his own literary inclinations. This study details the details of the reception of Inca Garcilaso in the creative process of the Tradiciones peruanas author through his choice and appropriation of words and clauses in the context of the negative influence of foreign writers and the racist discourse of the time.*

**Keywords:** Ricardo Palma, Inca Garcilaso de la Vega, Marcos Jiménez de la Espada, Marcelino Menéndez y Pelayo, Peruvian Traditions, Royal Commentaries, Peruvian literature, literary intertextuality, coloniality, neocolonialism, Nation of Peru, word choices and citation practice.

## Palma y sus diversas lecturas del Inca Garcilaso

Durante el siglo XIX, una ola de escritores peruanos tomaba al Inca Garcilaso de la Vega como una fuente importante de inspiración para la literatura nacional. Entre ellos y ellas destacan Juana Manuela Gorriti, Ricardo Palma, Clorinda Matto de Turner, Manuel González Prada, y otros (Ward, 2012, 2018, 2019). Entre estos creadores, Palma es el que más vacila ante el dilema de cómo crear una literatura criolla al acudir a Garcilaso, un escritor de doble herencia, española e incaica. Por lo tanto, su acercamiento al cronista es más ambiguo que el caso con los otros autores mencionados. Si por más de trescientos años, durante la Colonia, se estimó la pluma del Inca Garcilaso, durante el siglo de Palma, que enfrentaba los prejuicios contra los andinos, historiadores y filólogos no peruanos lo estudiaron y tendieron una amplia red, la cual puso en duda la obra del gran cronista. Tales autoridades representaban un dilema o reto para los literatos preocupados por cómo escribir una literatura nacional.

Palma se inspiraba en el Inca Garcilaso y lo que tomaba de él lo filtraba mediante un proceso creativo constituido por tres vertientes: 1) sus propias metas y el deseo de crear una obra de literatura provenientes de su propia forma de leer e interpretar las crónicas, y en especial las dos partes de los *Comentarios reales*; 2) su lectura de otros escritores, críticos, filólogos e historiadores más o menos contemporáneos a él, la cual guiaba su proceso creativo, entre ellos, los de Boston, los de Madrid, y, obviamente, los de Lima; 3) el ambiente criollo de Lima que filtraba un concepto desfigurado de los andinos en la nación ideal. Se puede intuir que había prejuicios, y hasta racismo.

Durante el siglo XX, varios escritores de la tala de Mariátegui (1987), Loayza (1974) y el premio nobel Mario Vargas Llosa (2016) reconocieron la importancia del Inca Garcilaso y lo honraron con el epíteto de «primer peruano». La presencia del Inca en Palma es de suma importancia debido a que este autor había cosechado renombre en las letras peruanas, como señala Wilfredo Kapsoli (2023), al explorar exitosamente «las diversas fisonomías de los personajes retratados»,

forjando así un enredón nacional compuesto por los diversos tipos de ciudadanos nacionales. El peso nacional de Palma es matizado por los prejuicios entre sus compatriotas criollos contra los compatriotas andinos, y, paradójicamente, por su también peso internacional, se dejó influir por autoridades extranjeras estadounidenses y españolas. En esta oportunidad nos interesan las españolas.

### Palma y los intelectuales españoles

Cuando los *literati* de prestigio fuera del Perú pusieron en duda los *Comentarios* del Inca Garcilaso, provocaron una especie de campo de amortiguación que filtraba la literatura peruana. Ricardo Palma es consciente de una característica de esta circunstancia. Los españoles de su tiempo de la talla de sus amigos Marcos Jiménez de la Espada y Marcelino Menéndez y Pelayo sufrían de un complejo, un atributo del cual Robin DiAngelo (2018), en el contexto de los Estados Unidos, describe como la «fragilidad blanca» (p. 2). DiAngelo explica que la fragilidad blanca estalla con la molestia y con el ansia, pero nace de una superioridad y privilegio presumidos. Una herencia colonial, tal como es aparente en los EE. UU., puede detectarse también en la situación de España frente a su propia herencia cultural.

Cuando el escritor colonial mestizo se considere con derecho de adiestrarse en su uso de la lengua castellana y de cultivar literatura dentro de un hispanismo no restringido a la lengua y cultura de la metrópolis, también puede causarle ansia y molestia al letrado peninsular. Por lo tanto, esta fragilidad nace en un contexto en que el Perú se encuentra todavía sujeto al poder cultural de la madre patria, pese a su emancipación política. Aunque existe asimismo una subordinación económica y cultural a otros países como Inglaterra, Francia, Alemania, y luego, Estados Unidos, aquí nos preocupa la ola oriunda de la península ibérica. Esta, en esta circunstancia, se cuaja en el sentirse privilegiados los eruditos españoles decimonónicos frente a la novedosa realidad de las multitudes de practicantes de la literatura latinoamericana, y claro, la peruana, en términos de sus ideales restringidos de la expresión letrada<sup>1</sup>.

Expresado de otra forma, ciertos peninsulares, empoderados con la idea de «madre patria», se sentían como los benévolo hermanos «mayores» que tenían una responsabilidad de guiar a los «menores»,

<sup>1</sup> Actitudes afines persisten en académicos hoy día, problema que Quiroz Ávila (2023) califica de eurocentrismo.

los hispanoamericanos. Esta circunstancia y actitud no se limitan al ámbito hispánico. El teórico Ibram Kendi (2019) ofrece dos ejemplos: Teodoro Roosevelt, verbigracia, emitió la idea de asimilar a los «menores», quienes deben asemejarse a los «mayores» con referencia a los afrodescendientes de los Estados Unidos; los revolucionarios de Cuba cayeron en la misma paradoja. La idea se basa en que una cultura «superior» se comparte con una «inferior» para mejorarla. No todos en España compartían un paternalismo de esta índole. El krausista Sanz del Río, en su traducción del *Ideal de la humanidad para la vida* de Karl Christian Friedrich Krause, avisa que «hasta hoy no ha habido en la tierra pueblos bastante cultos y experimentados para educar como hermanos mayores a otros pueblos» (1871, p. 123). No sorprende, entonces, que Menéndez y Pelayo, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Madrid, lance una aguda crítica contra los krausistas en su *Historia de los heterodoxos españoles* en 1880 (pp. 694-760). La idea de que no existan pueblos suficientemente desarrollados para guiar a otros pueblos no puede haberlo congraciado a un pensador que pensaba que el modelo hispanista pudiera originarse solo en un país.

Al mismo tiempo, los aires culturales de esta índole no solo se forman con el campo de amortiguación generado desde España. En el Perú, también había un campo de recepción. No era nada fuera de lo rutinario leer a autores de la metrópoli. Osvaldo Holguín Callo relata cómo los románticos peruanos imitaban a Espronceda y Zorrilla en compañía de los autores franceses (2021, p. 56). Palma revela su familiaridad con un enjambre de escritores: Espronceda, José Mariano de Larra, Emilio Castelar, Benito Pérez Galdós, Juan Valera, Clarín, Jaime Balmes y otros (1961, pp. 898, 1294, 1340, 1541). Jiménez de la Espada y Menéndez y Pelayo también se consideran como letrados y asistían a tertulias literarias (Palma 1961, 1360). Los dos están presentes entre estas lecturas y cuentan entre los «amigos» epistolares del tradicionista. Acaso aún más que las palabras del enjambre, las de estos dos escritores se tomaban como una autorización o llave para entrar en el hispanismo.

Gramsci describe este lado receptor del proceso, que él llama hegemonía, como el que viene con el consentimiento de acomodarse con la fuerza (1992, p. 156). Se puede palpar este tipo de consentimiento entre determinados escritores latinoamericanos, quienes frecuentemente buscaban validarse con las plumas de los peninsulares. Un caso muy conocido ocurrió cuando el poeta modernista por antonomasia Rubén Darío buscó un prólogo del novelista español Juan Valera para la

segunda edición de su emblemático *Azul* (1890). El amigo de Darío, Palma, también buscaba autorizarse con los adeptos peninsulares, como se constata en los epistolarios. Por lo tanto, en el hispanismo emitido desde la península tenemos las actitudes de los «mayores» y las de los «menores».

Existió entre varios letrados de calidad en la península una mentalidad que tenía a los españoles como «buenos» porque trajeron el español y el catolicismo a un mundo que era nuevo para ellos. Por lo tanto, la Colonia era buena; y la literatura española, el fundamento para las antiguas colonias. La contrapartida se puede hallar en Inca Garcilaso de la Vega, como nos hace contemplar Choy Ma. Al leer tres de sus provocadores textos, uno se percata de que Garcilaso fue un pensador anticolonial. Estos ensayos —*Quiénes y por qué están contra Garcilaso*, *Garcilaso frente al colonialismo hispano* y *El anticolonialismo en la obra de Garcilaso de la Vega* (1985)— ofrecen modelos de lectura del cronista<sup>2</sup>. Pensar el Perú desde la perspectiva del Perú, como lo hace Garcilaso, es exactamente el tipo de postura que resultaría desagradable para destacados hispanistas de la metrópolis. Cuando alguien, digamos el Inca Garcilaso, retaba los ideales fijos de la hispanidad, se sentían frágiles ante tal realidad y como respuesta postulaban ideas que pueden tomarse como inicuas. Sobrellevaron lo que se podría llamar «la fragilidad colonial».

Sin emplear esta terminología de hegemonía y neocolonial acuñada posteriormente, Palma sí estaba plenamente consciente de esta condición. *Refutación a un texto de historia del Perú* es un ensayo difícil de hallar, pero afortunadamente se reprodujo en *Cachivaches* (1900). Se trata de una refutación que Palma dirige contra el jesuita Ricardo Cappa. Palma expresa la dificultad emotiva de tratarse con los españoles «entre nuestras efemérides bélicas, la fecha del dos de mayo» (1900, p. 75; 1961, 1496). Los españoles y los peruanos no coincidían en su forma de concebir los esfuerzos bélicos soltados los españoles en el puerto peruano del Callao durante 1866. En este ensayo de dos décadas después, el escritor refuta varios conceptos expresados por el español en *Historia del Perú*, que llegó a ser texto escolar en el país (González de Fanning, 1905, pp. 7-8)<sup>3</sup>. A propósito, concede un deber

<sup>2</sup> Kapsoli explica que de toda la producción de Choy Ma, son sus artículos sobre Garcilaso los que definen su investigación (2015, p. 68).

<sup>3</sup> Palma de tiempo en tiempo cultivaba el ensayo, un género no muy estudiado en él. Véase Ward (2021).

a los historiadores peruanos: «*Cúmplenos a los escritores nacionales no dejar sin refutación el calumnioso libelo, con el que se trata de inculcar en la juventud odio o desprecio por los hombres que nos dieran independencia y vida de nación*» (1900, p. 74; 1961, p. 1476). En la coyuntura en la que se escribió este ensayo, el autor se involucraba en la lucha por expulsar de nuevo a los jesuitas de la nación. Parte de su actitud tiene que ver con el mismo Cappa, quien, nos recuerda Osmar Gonzales Alvarado, había participado en el Combate de mayo (2020, p. 237), la otra parte está relacionada con la controversia general que generó la historia compuesta por el jesuita.

Al anticipar el pensamiento lanzado por DiAngelo, el cual puede aplicarse para nosotros a la búsqueda decolonial, Palma reconoce que no es tan sencillo enfrentarse a los españoles frágiles. Explica: «La delicadeza no solo oficial, sino social, se ha llevado hasta el punto de no considerar, entre nuestras efemérides bélicas, la fecha del dos de mayo, suprimiendo toda manifestación que de alguna manera lastimara la susceptibilidad española» (1900, p. 75; 1961, p. 1476)<sup>4</sup>. A pesar de la persistencia de esta «susceptibilidad española», es decir, la fragilidad colonial, es forzoso proceder por una ruta equidistante de aceptar y defenderse.

Para rematar esta idea y para también ponerse límite a ella, declara lo siguiente:

Si amo a España, y si mi gratitud como cultivador de las letras está obligada para con ella, amo más a la patria en que nací, patria víctima de inmerecidos infortunios, y ruin sería al callar cobardemente ante el insulto procaz, solo porque la injuria viene de pluma española. (1900, p. 75; 1961, p. 1477)

Pero todo es relativo, y si Palma logró desprestigiar el menosprecio al Perú del padre Cappa, en otras oportunidades le resultó arduo despegarse de las aseveraciones transoceánicas que llegaron al Perú bajo las plumas españolas literarias. Como heterogéneos intelectuales latinoamericanos de la época, como decíamos, cultivó una relación epistolar con diversas figuras literarias de la península. Lo hizo para

<sup>4</sup> Hemos preferido la puntuación de la edición de 1961 para facilitar la lectura moderna. Por la misma razón, hemos modernizado el uso de los signos diacríticos. Con respecto a Garcilaso, hemos modernizado además el uso de mayúsculas, y suprimiendo la doble “s” santísimos a santísimos, agregando las comillas para indicar el diálogo.

la autopromoción, pero también para validarse como literato en la hispanidad. Como tal, busca incorporarse a sus instituciones y agradece a España porque «sus Academias de la lengua y de la historia brindan asiento a los peruanos» (1900, p. 75; 1961, p. 1477).

Palma pintó el lado caritativo de los literatos españoles, pero hay un lado negativo. En el tercer volumen de la *Antología* afirma que «la autoridad del Inca Garcilaso anda ahora por los suelos, y casi ningún escritor serio se atreve a hacer caudal de ella» (1893-1895, v. 3, p. clxii). Está tan aferrada a esta idea que la toma y la reproduce, aunque con algunas enmendaciones, en los *Orígenes de la novela*: «La autoridad histórica del Inca Garcilaso ha decaído mucho entre los críticos modernos, y son muy pocos los americanistas que se atreven a hacer caudal de ella» (1905-1915, v. 1, p. cccxci). En ambas instancias continúa haciendo comentarios fuera de lugar, y basta decir que su crítica es injusta porque frente a los literatos e historiadores como Manuel González de la Rosa, que no iban contra la recomendación de Menéndez y Pelayo, había literatos e historiadores que tomaban a Garcilaso de acuerdo con sus diversos gustos. Como ya queda dicho, Matto de Turner y González Prada son dos de ellos, pronto a ser acompañados por José de la Riva-Agüero, César Vallejo y Sebastián Salazar Bondy.

Con Menéndez y Pelayo, Palma intercambió varias cartas en las últimas décadas del siglo. Cuando en *Orígenes de la novela* el famoso catedrático de literatura española se refiere a la historiografía de Garcilaso, explica que:

Participa tanto del carácter de la novela como del de la historia, y que no solo por lo pintoresco y raro de su contenido, sino por las singulares circunstancias de la persona de su autor, excitó en alto grado la curiosidad de sus contemporáneos y ha seguido embelesando a la posteridad. (1905-1915, v. 1, p. cccxc)

Este imponer la idea de ficción a un historiador tiene cierto sentido, nos sugiere Enrique Cortez (2018), ya que Menéndez y Pelayo estaba interesado principalmente en la literatura y quería reducir a Garcilaso a su propio campo de interés (pp. 117-161). Pero un catedrático de literatura en la Universidad de Madrid debe saber que una novela no solo es ficción, sino una acumulación de personajes ficticios, y otros varios elementos necesarios: una narración unitaria que se compone con la exposición, el argumento, el punto decisivo de la narración, el suspense, el clímax y el desenlace. Si la novela es buena, tiene un arco

de fábula que unifica la narración, aun si contiene fábulas secundarias. Los *Comentarios* pueden tener suspenso, pero no asoma un argumento desarrollado en forma lineal que produce arco en el texto como es necesario para constituir una novela. Urge afirmar que para describir a un historiador que agrega anécdotas a la historia, no ayuda llamarla ficción cuando supone y logra comentar a las otras crónicas históricas de la época, así como incorporar la historia oral en la letrada. Pero el impacto de *Antología de poetas hispanoamericanos* y luego *Orígenes de la novela* eran palpables en el autor de las *Tradiciones peruanas*.

En cuanto a Marcos Jiménez de la Espada, Palma cuenta que lo conocieron personalmente, él, Manuel Atanasio Fuentes (el Murciélagos), Juan Vicente Camacho y Arnaldo Márquez durante una expedición española a las costas de Lima a nombre de la ciencia entre 1862 y 1865 (1900, p. 109). Curiosamente, esta comisión visitó Lima inmediatamente antes del bombardeo de Valparaíso y el Callao por parte de las fuerzas marítimas españolas. En el estudio introductorio de *Segunda parte de la Crónica del Perú* de 1880, pregunta Jiménez de la Espada:

¿El inca Garcilaso de la Vega hubiera disfrutado hasta el presente el monopolio de la autoridad en materia de antigüedades peruanas e historia de aquellos monarcas, si la *Segunda parte de la Crónica* de Cieza hubiera aparecido, como pudo, medio siglo antes que los *Comentarios reales*? De seguro que no. (1880, s/p)

Otro alarido de este estudioso fue repetido en el Perú por nada menos que Eugenio Larrabure y Unanue. Este político y literato ejerció influencia en el ámbito estatal y en la literatura nacionales. En cuanto a la última, en 1883, se incorporó a la Real Academia de la Lengua; en 1885, asumió la presidencia del Club Literario; entre 1886-1889, fundó y ejerció influencia en *El Ateneo de Lima*, y en 1887, inauguró con Palma la Academia Peruana de la Lengua. En su edición de *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, Jiménez de la Espada escribe: «urge fundar la antigua historia del Perú sobre otras bases que los *Comentarios* de Inca Garcilaso», cláusula citada palabra por palabra por Larrabure (1879, p. xl; Larrabure y Unanue 1893, p. 4). Tanto Jiménez de la Espada como su citador Larrabure y Unanue, parecen optar por la supresión de Garcilaso en lugar de ser más objetivos al considerarlo en un amplio contexto letrado. Seguro que Palma vio la referencia en los dos escritores, el metropolitano y el compatriota, y lo dejó con viva impresión, especialmente, debido a que colaboraba con el segundo en el Club Literario y en la Academia Peruana de la Lengua.



El famoso peruano cultivó su amistad con Jiménez de la Espada intercambiando varias misivas, a pesar de la herida abierta por el combate del dos de mayo. En una de ellas (15 de enero de 1890), el español estimulaba el ego del peruano al elogiar su libro *Ropa vieja* (1900, pp. 109-115). En el ejemplar que conserva la Biblioteca Nacional de España constatamos que este es precisamente el que el tradicionalista había enviado al historiador, ya que tiene no una, sino tres dedicatorias. En la portada se constata una sencilla dedicación al español fechada el 30 de octubre de 1889, y en otra página, grabada con sello oficial, se lee: «Ricardo Palma, director de la Biblioteca Nacional, saluda atentamente al americanista D. Marcos Jiménez de la Espada, y se permite rogarle que sacrifique un par de horas a la lectura de este libro».

En las primerísimas hojas del tomo, otra dedicación parece haberse escrito por otra persona. En 1897, año en que Jiménez de la Espada falleció, Palma intervino ante el presidente del Perú, Nicolás de Piérola, sobre el tema de concederle una medalla de oro póstumamente junto con una suma monetaria para su familia. «Mucho de útil y de bueno nos ha dejado en sus libros mi difunto amigo», concluye con calidez (2005, pp. 311, 312). En *Cachivaches*, cuenta cuarenta libros publicados por Jiménez de la Espada relacionados con el Perú, y llega a afirmar que su fallecimiento «deja un vacío muy difícil de llenar, en las reducidas filas de los que nos dedicamos a la labor histórico-peruana» (1900, p. 115; p. 1961, 1418). Puesto que Jiménez de la Espada publicó por primera vez textos que no coincidían perfectamente con el contenido de Garcilaso, se posicionó para problematizar la obra del cusqueño.

Los dos letrados españoles decimonónicos repercutieron en el polígrafo peruano, quien igualmente era hispanófilo, y ningún defensor de los derechos de los ciudadanos indígenas. Parece estar indeciso entre la indigeneidad y la hermosa prosa renacentista de Garcilaso. Lo que sí sabemos, como proponemos en otro lugar, es que Palma se aproximaba tanto a la obra de Garcilaso, que, de sus características, tomó el formato de combinar prosa historiográfica, la anécdota y la explicación de un refrán para «inventar» el género de las tradiciones (Ward, 2020, pp. 339-340). A pesar de la autoridad y resonancia de la labor de Jiménez de la Espada y Menéndez y Pelayo que mantenía a Garcilaso en menoscabo, tal como lo expone Cortez (2018), el temprano abrazo de Palma al Inca Garcilaso no se extingue, aunque se debilita. Tiene sentido porque el autor de las *Tradiciones* dedicó su vida al Perú y debía mantener cierto aprecio patrio en su corazón con la idea de un escritor nacional como Garcilaso. No obstante, al establecer una relación granítica con la

filología hispánica, tanto en Perú como en España, Garcilaso lo atrajo y lo repelió al mismo tiempo, como se puede ver en «Sistema decimal» y «Carta canta» (Ward, 2020, 2021).

Cuando menciona a Garcilaso por su nombre, lo puede abrazar a manera de autoridad, o lo puede mirar con desdén o subestimo. En otras ocasiones, toma de él sin reconocer lo que está haciendo. En dos oportunidades lo tacha de embustero. No hay constancia en la forma en que Garcilaso aparece en la *oeuvre* de Ricardo Palma escrita en el Perú, donde se sentían los aires de la Colonia.

### La fraternidad entre Garcilaso y Palma

Dado que Ricardo Palma se sumergió completamente en la historia, y que el Inca Garcilaso de la Vega logró ser el historiador más destacado de la Colonia, no sorprende la frecuencia con que el primero se refiere al segundo. En la edición de 1783 páginas de Edith Palma de las *Tradiciones peruanas completas* (1961), se hallan unas veinticinco referencias al cronista, aunque algunas de ella son indirectas, nebulosas o meras menciones. A modo de comparación, Montecinos es citado diez veces (dos en una carta incluida de Jiménez de la Espada); Diego Fernández, el Palentino, recibe ocho referencias; y López de Gómara merece apenas tres, al igual que Agustín de Zárate. Estos datos sugieren la importancia relativa de Garcilaso frente a sus pares.

Merlin Compton señala que en el uso que hace Palma de materias historiográficas existe «una gama que va desde las que siguen la fuente histórica fielmente hasta las que emplean la historia solo como punto de partida para la creación de obras de arte» (2000, p. 111). Palma consulta de diversas formas la primera parte de los *Comentarios reales*, que contiene información y análisis de los inkakuna, y tal como se esperaría, dado su criollismo, la segunda parte de los *Comentarios*, la *Historia general del Perú*, porque allí puede acceder a materia prima colonial.

Una referencia temprana a Garcilaso ocurre en «El pejechico», perteneciente a la segunda serie de *Tradiciones*. Al referirse a la guerra entre chimús e inkakuna, el autor menciona a Garcilaso por su nombre, lo parafrasea, y nos informa que este conflicto involucró a 20 000 soldados de los del Cuzco. Textualmente, lo que enuncia es: «Hablando de esta guerra, dice Garcilaso, que fue la más sangrienta que los incas habían tenido hasta entonces» (1874, p. 52; 1961, p. 193). De hecho, Palma había verificado el número de soldados perdidos del Inca en Cusco, y sacó la imagen de «sangrienta» de Garcilaso: «La

guerra anduvo muy sangrienta entre los yuncas» (1943, lib. VI, c. xxxii). Se nota en esta referencia y en la próxima cómo Palma se apoya en Garcilaso sin darle mayor preocupación.

Al referirse a la introducción del trigo en la agricultura peruana, «Una excomunión famosa», de la tercera serie, Palma afirma que doña María de Escobar fue quien introdujo el trigo en el Perú y fundamenta este acontecimiento en los cronistas, mencionados por sus nombres: «Garcilaso, Zárate, Gómara» (1875, p. 3; 1961, p. 168). El primero de ellos, de hecho, refiere al episodio (1943, lib. IX, c. xxiv). En esta misma pieza, se refiere a Blas Valera, quien explicó lo que significa *hualpa* (cuando los gallos lloraban por la muerte del Inka) (1943, lib. IX, c. xxiii). Así, en este pasaje residen dos referencias a Garcilaso, ya que Blas Valera solo fue conocido a través de Garcilaso, quien lo citó por primera vez.

«El que se ahogó en poca agua» procede de la cuarta serie aparecida en 1877. Constituye un elemento de las llamadas tradiciones del Demonio de los Andes. Demoremos un rato en esta tradición, en la que el autor vuelve a reconocer la autoridad de Garcilaso. Luego de mencionar a Garcilaso, padre, torna al hijo en dos párrafos completos: «Cedemos aquí la palabra al cronista de los *Comentarios reales*, que él cuenta las cosas sin floreos y mejor de lo que nuestra pluma pudiera hacerlo» (1877, p. 45; 1961, p. 84). En su proyecto, Palma combina partes de dos capítulos y altera sutilmente el estilo, pero los capítulos son dos que colindan y el tradicionista representa fielmente la narración histórica.

En cuanto a la cita textual de un pasaje en «El que se ahogó en poca agua», atribuida abiertamente, Palma, según las costumbres citatorias de su siglo, se siente con derecho de modificar la fraseología del gran cronista para que le sirva mejor a su retórica y para establecer una conexión con los lectores del siglo XIX tardío. Exploremos los detalles de esta tradición en un pequeño estudio intertextual para ver cómo y cuánto se acerca a su maestro Garcilaso. Aquí compartiremos los dos pasajes secuenciales de Garcilaso de la *Historia general del Perú*, de la edición de 1722<sup>5</sup>, con corchetes insertados donde Palma no cita:

<sup>5</sup> Más que la primera edición, probablemente citó una de las del principio del siglo XIX, pero como no sabemos a ciencia cierta, y como los editores decimonónicos tomaron libertades con la asignación de los números y capítulos, y hasta con el título, acudimos a la del siglo XVIII que respecta tanto la primera.

A. “Carvajal... alçó los manteles por un lado del altar mayor (que era hueco) [donde estava el Santísimo Sacramento, entendiendo que estava allí el retraído,] y vio un [buen] soldado, que también andava [escondido y] fugitivo; más como no era [el que Carvajal quería, hiço, que no lo avía visto, y] soltó los manteles, diziendo en alta voz: ‘No está aquí el que buscamos’. En pos dél, llegó [un ministro de los suios, que se decía fulano de] Porras, y mostrándose mui diligente, alçó los manteles [del altar], y vio al [pobre], que ya Carvajal había perdonado, que, por que no llegasse otro a mirar debaxo del altar, había dicho: ‘No está aquí el que buscamos’. El Porras, como lo vio, sin mirar quién era dixo a voces: ‘He aquí el traidor, he aquí el traidor’. A Carvajal le pesó de que lo descubriesse, y dixo: ‘Ya yo lo había visto’. Mas porque era de los muy culpados contra Gonçalo Piçarro, no pudo dexar de ahorcarle, sacándole confesado del convento [: Mas el Porras no quedó sin castigo del cielo, como luego diremos.]”. (1722, lib. IV, c. xx)

B. [Resta dezir el] castigo [de Porras, y fue que dende a] tres meses [, que pasó el desacato que hiço a Nuestro Señor, fue a hacer ciertas diligencias a] Huamanca [, de las que Carvajal le mandava,] acertó a pasar vn arroio que no llevaba un braço de agua.] El cavallo[,] que iba caluroso, cansado[,] y sediento, se puso a beber en vn charquillo pequeño, donde el mismo Porras le guió[,] para que bebiese[;] y aviendo bebido, se dejó caer en el charco[,] y tomó una pierna a su amo debajo, y acertó el Porras a caer acia la parte alta[,] de donde venía el agua[,] no pudo salir de debajo del cavallo [, que debió de maltratarle la pierna, con tomársela debajo], ni tuvo maña [ni esfuerço para hazer] que [el caballo] se levantara; y así se estuvieron quedos, hasta que [con la represa del cavallo, que por vna parte, y por otra atajó el agua,] se ahogó el Porras [en] tan poca agua que [, el cavallo, con tener alçada la cabeça, estuvo vivo, quando llegaron] otros caminantes, y [lo] levantaron, y enterraron [al Porras, a la orilla del mismo arroyo]. (1722, lib. IV, c. xxi)

Para ojear esta misma situación citatoria desde otro ángulo, presentamos los dos pasajes de Palma, que presenta secuencialmente con la ortografía y los signos diacríticos de la última versión, con citas directas de Garcilaso indicadas en cursiva:

A. *Alzó Carbajal los manteles del altar mayor, que era hueco y vio a un infeliz soldado, Rodrigo Núñezº, que también andaba fugitivo.*

---

<sup>6</sup> El nombre del soldado ni figura en Garcilaso ni en la primera edición de Palma (1877). Apareció posteriormente.

*Mas como no era Garcilaso, que era el que Carbajal tenía empeño en prender, soltó los manteles diciendo en alta voz: —No está aquí el que buscamos—. En pos de él llegó Porras, y mostrándose muy diligente, alzó los manteles y descubrió al que ya Carbajal había perdonado y dijo: —Aquí hay uno de los traidores—. A Carbajal le pesó de que lo descubriese, y dijo con mal gesto: —Ya yo lo había visto—. Mas como el pobre soldado fuse de los culpables contra Gonzalo, no pudo excusarse Carbajal de ahorcarlo, sacándolo confesado del convento.*

*B: Pero Dios castigó pronto al denunciante. Tres meses después salió Porras a desempeñar una comisión en Huamanga. El caballo, que iba caluroso, cansado y sediento, se puso a beber en un charquito pequeño donde el mismo Porras le guio para que bebiese, y habiendo bebido se dejó caer en el charco y tomó una pierna a su amo debajo, y acertó Porras a caer hacia la parte alta de donde venía el agua. No pudo salir de debajo del caballo ni tuvo maña para que este se levantara, y así se estuvieron quedos hasta que se ahogó Porras con tan poca agua que no llegaba, con estar caído, ni al pescuezo del caballo. Vinieron otros caminantes, levantaron al animal y enterraron al jinete. (1877, pp. 45-46; 1961, pp. 84-85; la cursiva indica cita directa)*

Podemos ver que el tradicionista tomó ambos párrafos enteros de Garcilaso, realizando cambios estilísticos sin alterar el contenido, aunque a veces dramatiza la acción. Ofrecemos un ejemplo. Si en Garcilaso el caballero Porras «fue a hacer ciertas diligencias a Huamanca», en Palma «salió Porras a desempeñar una comisión en Huamanga». El cambio hace que Porras parezca más un funcionario gubernamental, lo que se suma al drama de su muerte sin sentido, pero modifica el tono mesurado del cronista.

Todo este lenguaje de Garcilaso, Palma lo toma atribuyendo la fuente por su nombre. En esencia, se apropia de unas 80 palabras de 180 en el primer párrafo, y unas 93 de 195 en el segundo. Es decir, representa menos de la mitad de Garcilaso. Dado que cada uno de estos párrafos está entre comillas, esperaríamos que la redacción respetara fielmente al original. Pero, para ser justo con nuestro tradicionista, la citación exacta, incluso entre comillas, no era necesariamente un criterio de la época. A pesar de las prácticas más flexibles del siglo XIX, la deuda de Palma con Garcilaso es clara y absoluta en «El que se ahogó en poca agua». Un lector de la tradición que no tiene a mano a los *Comentarios* llegará a considerar una fraternidad entre los dos célebres escritores peruanos.

«El verdugo real de Cuzco», del mismo año de 1877, da oportunidad al tradicionalista de reforzar dos veces su argumento al reconocer abiertamente al cronista como una fuente historiográfica de autoridad, utilizando frases como «según cuenta Garcilaso» y «añade Garcilaso» (1877, p. 38; 1961, pp. 109-111). Se refiere al capitán Diego Centeno, quien, «según cuenta Garcilaso, sólo había podido reunir cuarenta y ocho hombres para la arriesgada empresa que iba a acometer» (1877, p. 38; 1961, p. 109). Al final de la tercera sección, Palma ofrece un amplio espacio para que Garcilaso diga lo que piensa sobre la ejecución de Gonzalo Pizarro después de sofocada su rebelión, aunque sin proporcionar ninguna referencia bibliográfica sobre el libro o capítulo. Otra vez indicamos la cita directa al usar la cursiva:

*Y diciendo esto —añade Garcilaso—, con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenía crecida de un palmo, según era la moda, y de un revés le cortó la cabeza con tal facilidad como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano enseñándola a los circunstantes (1877, p. 41; 1961, p. 111; la cursiva indica cita directa).*

El pasaje, que proviene de la *Historia general del Perú*, refleja la intención de Garcilaso. En su mayoría, Palma cita palabra por palabra, pero algunos cambios van más allá de simplemente transformar la ortografía del cronista según las exigencias del tradicionalista. Aquí está la prosa de Garcilaso, otra vez con corchetes insertados donde Palma no cita:

Diciendo esto, con la mano izquierda le alzó la barba, que la tenía [larga, cerca de vn palmo, y redonda, que se vsaba entonces traerlas, sin quitarles nada;] y de vn rebés le cortó la cabeça[,] con tanta facilidad, como si fuera vna hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano [, y tardó el cuerpo algún espacio en caer en el suelo]. (1722, lib. V, c. lxiii)

Se verifica fácilmente que Palma acudió directamente a Garcilaso, pero omitió la sección sobre el cuerpo cayendo al suelo y añadió un efecto teatral al tener al verdugo, Juan Enríquez, sosteniendo en alto la cabeza de Gonzalo Pizarro.

De la octava serie, *Ropa apollada*, se encuentra la tradición «Una partida de palitroques», que trata de un juego por ducados de oro durante la Guerra de los Cuarenta Años (1532-1572). El decimonónico autor menciona al Inca Garcilaso por su nombre y extrae de su crónica una anécdota. Para componer su tradición, narra los sucesos en los

que el gobernador Pizarro perdió 100 ducados a un soldado, Alonso de Palomares (1891, pp. 2-3; 1961, pp. 34-35). Como ya han anotado Alberto Tauro y Bernard Lavallé, los detalles de este episodio proceden directamente de la segunda parte de los *Comentarios* (1966, pp. 14-18; 1996, p. 593). Palma le da un giro creativo al diálogo, introduciendo su propio lenguaje, aunque sin olvidar atribuirlo con un «dice Garcilaso». Mientras el cusqueño reproduce un par de renglones de diálogo entre Pizarro y Palomares, el limeño se innova mayormente en la narración al tomar una única cláusula de Garcilaso:

Entre tanto pasó una semana después de roto el compromiso de juego, sin que don Francisco se acordase de pagar los cien ducados, hasta que un día tuvo el soldado la llaneza de recordárselo.

—No le pago al muy fullero —le respondió con colera Pizarro.

—Corriente, señor marqués; no pague usía si no quiere, que habré perdido mi dinero y ganado sus injurias.

Dice Garcilaso que *la respuesta le cayó en gracia* al gobernador, porque, volviéndose al tesorero Riquelme, le dijo riendo:

—Págale a este mozo lo que reclama, y en buena hora sea, que de mi mano no volverá a ver moneda en el boliche. (1891, p. 3; 1961, p. 35; cursiva indica cita directa)

Aunque Palma no citó largamente al cronista en esta oportunidad, sí extrajo de él un episodio de la historia, admitiéndolo y reforzándolo mediante una cláusula directa, lo cual lo hace más accesible para los lectores decimonónicos con el gracioso diálogo.

La trayectoria de las tradiciones garcilasistas pone en evidencia la presencia del cronista. Igualmente, es útil destacar que si las tradiciones discutidas anteriores a las publicaciones de Jiménez de la Espada muestran garcilasismo, «Una partida de palitroques», de la próxima década, ostenta un grado menor de la influencia de la prosa del cusqueño. Las huellas persistentes de Garcilaso sugieren que Palma no tuvo inconvenientes en lucir una referencia a él, dejando una muestra pública de la utilidad de Garcilaso. Pero no todo fue un festival férreo de peruanismo, porque también hubo compromiso con el hispanismo peninsular.

### **La fraternidad fracturada: de la propensión subrepticia a la hostilidad abierta**

Después de la Guerra del Pacífico (1879-1883), los criollos buscaban chivos expiatorios a quienes podrían echar la culpa de la

trágica pérdida que había sufrido la nación. Holguín Callo, al investigar la documentación de la época, descubre que intelectuales públicos de la talla de Manuel Candamo, Nicolás Augusto González, Manuel González Prada, Ricardo Palma y otros echaron esa culpa a los indígenas a quienes habían forzado a luchar (2009, p. 240-246). En el contexto social y político en el que el «soldado indio» constituía un componente fundamental del discurso público, es lógico que Palma comenzara a asociar «el indio» con Garcilaso. Fuera de las referencias del mismo cronista, quien en ocasiones se autodenominaba como «indio», la idea de él como «indio» pudo haberse encontrado en el historiador William Prescott (1847, v. 1, p. 296) y en el crítico literario Menéndez y Pelayo (1893-1895, v. 3, p. clxiii; 1905-1915, v. 1, p. cccxc)<sup>7</sup>.

Al considerar si Palma asociaba a Garcilaso con las masas de soldados indígenas derrotadas durante la belicosidad chilena, existe otro factor que provenía de España durante la misma coyuntura. En los mismos años de la guerra, Jiménez de la Espada concurrentemente publicó una serie de documentos coloniales —*Tres relaciones de antigüedades peruanas* (1879), *Segunda parte de la Crónica del Perú* (1880) y *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú, por el licenciado D. Fernando Montesinos* (1882)—. La coincidencia entre la furia publicitaria de Jiménez de la Espada en Madrid y el conflicto bélico con Perú sufrió con Chile debía jugar en la mente de Palma, quien tuvo la doble experiencia de su casa mirafloresina quemada por los chilenos, y una relación epistolar cultivada con el erudito español.

Pese a este doble prejuicio contra los «indios» posbélicos y contra el Inca Garcilaso, Palma no tuvo inconveniente en acudir a Garcilaso en «Una partida de palitroques», como ya hemos podido apreciar. En el ya aludido ensayo polémico, *Refutación*, revela, tan tarde como 1890, por lo menos sobre el tema de la clase gobernante incaica, que considera a Garcilaso en el mismo nivel que un historiador peninsular: «Desde Garcilaso hasta Montesinos, los historiadores afirman que, a más de la nobleza de sangre o hereditaria, había otra a la que por sus méritos, virtudes, servicios y talento podían elevarse los hombres desde las más humildes esferas» (1890, p. 80; 1961, p. 1480). Es curioso, empero, que, de todos los cronistas españoles, Palma equipara a Montesinos con Garcilaso. Jiménez de la Espada califica algunas partes de su crónica como el «Antiguo Testamento peruano» (1882, p. vii). Es decir, hay algo

<sup>7</sup> Sobre el impacto de Prescott y de otro bostoniano, George Ticknor, véase Cortez (2018, pp. 69-116).



de místico en ella. Es más, Mariano Eduardo de Rivero y Juan Diego Tschudi habían declarado que «las memorias de Montesinos presentan tantas contradicciones, tantos errores cronológicos y tan manifiestas incorrecciones, que solo con la mayor cautela y mucha desconfianza se puede hacer uso de tales documentos». Sin embargo, Rivero y Tschudi concluyen que «las relaciones de Montesinos presentan un grado de autenticidad superior al de Garcilaso de la Vega» (1851, p. 61). Seguramente, Palma había leído el conocido libro de Rivero y Tschudi, aunque solo menciona a uno de los autores, Tschudi (1961, p. 421, nota 1). En consecuencia, existen dos formas de entender la descripción posbélica de Palma con el contexto intelectual: 1) cuando el tradicionista equipara a Garcilaso con Montesinos, aparenta formar simetría entre ellos, pero, 2) para los lectores instruidos en contexto con Rivero y Tschudi, por una parte, y por otra, con Jiménez de la Espada, no está elevando a Garcilaso, sino que lo está censurando de manera subrepticia.

La inquietud ante los cronistas por parte de los autores de *Antigüedades peruanas*, nos explica Cortez, se debe a «la desautorización de las crónicas como primera fuente para estudiar el pasado peruano, y la instauración de la naciente ciencia arqueológica como una forma más segura para hacer historia» (2018, p. 180). Como Cortez nos hace reflexionar, no parece haber surgido en las mentes de Rivero y Tschudi que una práctica aún mejor sería sintetizar las dos formas de historia para lograr una versión más completa, llenando las deficiencias de las crónicas con lo que se pueda de la arqueología, y viceversa. También tomamos nota de que, otra vez, como Prescott, Ticknor, Jiménez de la Espada, y Menéndez y Pelayo, se trata de un intelectual extranjero porque Juan Diego Tschudi no era nadie menos que el naturalista sueco Johann Jakob von Tschudi.

Si surgen varios casos donde el patriota literario invoca de forma positiva o negativa al cronista de Cusco, hay otros tantos en los que soslaya su existencia como fuente o, en casos peores, cuando cuestiona su imparcialidad como historiador. Un caso temprano de la influencia anti-Garcilaso en el tradicionista puede localizarse en el de la muy conocida tradición «Carta canta» de 1875, revisada en 1883<sup>8</sup>. Lo que hace es aludir al cronista español López de Gómara como una lectura que hizo la noche anterior antes de componer la tradición, dándoles a sus

<sup>8</sup> En 1883, Prince publicó las cuatro series iniciales en segunda edición y brinda por primera vez las 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> series.

lectores la ilusión que se había inspirado en el cronista español. Pero en realidad la fuente es Garcilaso. Se pueden detectar muchos hitos entre los dos, los diez melones, los dos peones encomendados, la hacienda, el sentido andino de la carta. Palma se empeña en engañar completamente a sus lectores (Ward, 2022), y su creciente antigarcilasismo se puede detectar, aún más, en las alteraciones que ocurrieron entre las dos ediciones. Cuando cotejamos las dos versiones descubrimos que, para la segunda, Palma atenuó los rastros del gran cronista aún más de las ocultaciones en la edición original. Por ejemplo, en la primera, la hacienda, donde se producen los melones que van a transportarse a Lima, se llama «Pachacamac» (1875, p. 16) y en la segunda, su nombre se transforma en «Barranca» (1883b, p. 4; 1961, p. 147). Pachacamac es un oratorio que evoca una deidad asociada a Garcilaso. Es preciso descubrir las peculiaridades de estas genealogías intelectuales para apreciar el lugar que ocupa Garcilaso en el medio intelectual a pesar de vicisitudes que su influencia sufría en algunos pensadores.

Ya en la primera edición de la cuarta serie de tradiciones, Palma le llama mentiroso a Garcilaso. Específicamente, en «Quizás quiero, quizás no quiero», al argüir a favor de la historicidad de «una real moza», insinúa que Garcilaso verifica el hecho, aunque infunde dudas al advertir: «Si no miente Garcilaso (no el poeta, sino el cronista del Perú, que a veces es más embustero que el telégrafo)» (1877, p. 56; 1961, p. 37)<sup>9</sup>. Luego, en una nota a pie de página agregada a la segunda edición de la tradición «El justicia mayor de Laycacota», escribe: «no pocos embustes estampó en los *Comentarios reales*» (1883a, p. 56, nota\*; 1961, p. 421, n. 1). En una discusión posterior, en el ensayo *El sistema decimal entre los incas*, en parte, sobre el drama *Ollantay*, Palma refuta la afirmación de Garcilaso de que los inkakuna tenían teatro (1891, p. 58; 1961, p. 1181).

Finalmente, en «La nariz de camello» de *Mis últimas tradiciones peruanas* y *Cachivachería* de 1906, otra vez pone en duda a los esfuerzos del cronista: «Aquello de que la primera azúcar en el Perú se produjo en Huánuco no pasa de una novela del historiador Garcilaso, como lo comprueban Feyjoo de Sosa y Mendiburu» (1906, p. 111; 1961, p. 112). Esta idea de «la novela del historiador Garcilaso» parece haber derivado de la *Historia de la conquista del Perú* de Prescott. En este caso, lo asemeja «como muchos novelistas de la edad media» (1847,

<sup>9</sup> Para cotejar esta tradición con la *Historia General*, consúltese Garcilaso (1722, lib. III, c, xiv; V, xxiv)

p. 287). Igualmente, pudo haberse obtenido de lecturas de la *Antología de poetas hispano-americanos* de Menéndez y Pelayo, quien sostiene del Inca Garcilaso que «sus obras historiales que mejor calificadas estarían de novelas históricas o historias anoveladas» (1893-1895, v. 3, p. clxii). Si bien negativa o positivamente, el escritor republicano no pudo escaparse del imán de Inca Garcilaso de la Vega. Hasta en dos textos tardísimos, «Una partida de palitroques» y «Sistema decimal», a pesar de Menéndez y Pelayo, Palma sigue acudiendo al Inca, a pesar de sus vacilaciones.

### Conclusiones

Evidentemente, a pesar de sus lecturas de literatura española, Ricardo Palma consulta a Garcilaso, y aunque a veces tiene sus dudas, sí lee y reflexiona sobre lo que lee. Matto de Turner y González Prada igualmente consultaron a Garcilaso, al igual que Larrabure y Unanue, y antes que ellos, Gorriti. Es decir, varios escritores atreven «a hacer caudal» de él. Riva-Agüero hace alarde de que, gracias a sus esfuerzos, en 1912, Menéndez y Pelayo llegó a escribirle una carta en la que finalmente reconocía la importancia de Garcilaso (1962-1997, v. 2, p. 45, p. 46, n. 40). Tal vez el historiador literario español se suavizó en sus últimos momentos en la tierra, pero también el empuje de los literatos peruanos exilió hasta cierto punto estos comentarios injustos que provenía de la península. El resplandor del patriotismo literario peruano era más poderoso que la inclinación de no agraviar la fragilidad neocolonial. La historia literaria continúa probando el atractivo de Garcilaso para los letrados peruanos posteriores. Riva-Agüero, Aurora Cáceres, Vallejo, Valdelomar, Luis Alberto Sánchez, Luis E. Valcárcel, Sebastián Salazar Bondy, Rosa Arciniega, Cornejo Polar y un cuarteto de interesantes escritores que lo llevaron al siglo XXI, incluyendo a Miguel Gutiérrez, Vargas Llosa, González Viaña y Rafael Dumett. Tales escritores, ya sean hispanistas, indigenistas o de otra tendencia, reconocieron la autoridad, aptitud, estética y utilidad de Garcilaso, un literato tan importante en la historia literaria criolla como lo es Ricardo Palma.

### Referencias bibliográficas

- Choy, E. (1985). *Antropología e historia*. Tomo 2. UNMSM.  
 Compton, M. (2000). *La historicidad de las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma*. Biblioteca Nacional del Perú.

- Cortez, E. (2018). *Bibliografía y polémica: El Inca Garcilaso y el archivo colonial andino en el siglo XIX*. Iberoamericana/Vervuert.
- Darío, R. (1890). *Azul*. Imprenta de la Unión.
- Diangelo, R. (2018). *White Fragility: Why It's So Hard for White People to Talk About Racism*. Beacon Press.
- Garcilaso de la Vega (1722). *Historia general del Perú, trata, el descubrimiento, de él, y cómo lo ganaron los españoles: las guerras civiles, que hubo entre Pizarros, y Almagros, sobre la partija de la tierra*. Oficina Real, y a costa de N. Rodríguez Franco.
- Garcilaso de la Vega (1943). *Comentarios reales de los Incas*. Emecé Editores.
- Gonzales, O. (2020). Ricardo Palma y la cultura católica. *Aula Palma, Revista del Instituto Ricardo Palma de la Universidad Ricardo Palma*, (19), 227-246.. <https://doi.org/10.31381/ap.v0i19.3503>
- González, T. (1905). *Educación femenina. Colección de artículos pedagógicos, morales y sociales*. Tipografía de El Lucero.
- Gramsci, A. (1992). *Prision Notebooks*. Colombia University Press.
- Holguín, O. (2009). El indio valeroso en la literatura de la Posguerra con Chile. En Marcel Velázquez Castro (Ed.), *La República de Papel* (pp. 235-273). Fondo Editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades.
- Holguín, O. (2021). Los románticos peruanos y la Guerra con España (1864-1866). *Aula Palma, Revista del Instituto Ricardo Palma de la Universidad Ricardo Palma*, (20), 53-1200.
- Jiménez, M. (1879). "Al excmo. Sr. D. Francisco de Borja Queipo de Llano, Conde de Toreno". *Tres relaciones de antigüedades peruanas* (pp. vii-xliv). Ed. Marcos Jiménez de la Espada. Imp. M. Tello.
- Jiménez, M. (1880). [Introducción]. *Segunda parte de La crónica del Perú: que trata del señorío de los Incas yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación de Pedro Cieza de León* (s/p). Ed. Marcos Jiménez de la Espada. Madrid: Imprenta Manuel Ginés Hernández.
- Jiménez, M. (1882). "Al Ilmo. Sr. D. Cesáreo Fernandez Duro". *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú, por el licenciado D. Fernando Montesinos* (pp. vii-xxxii). Madrid: Imprenta Manuel Ginesta.
- Kapsoli, W. (Ed.). (2015). Historiografía de Emilio Choy Ma. En *Emilio Choy Ma 1915-2015. Homenaje por el centenario de su nacimiento* (pp. 47-103). Universidad Ricardo Palma.
- Kapsoli, W. (2023). *Ricardo Palma. Paisaje social de Lima*. Municipalidad Metropolitana de Lima.
- Kendi, I. (2019). *How to Be an Antiracist*. One World.
- Krause, C. (1871). *Ideal de la humanidad para la vida*. Imprenta de F. Martínez García.

- Larrabure, E. (1893). *Monografías histórico-americanas*. Imp. De Torres Aguirre.
- Lavalle, B. (1996). Ricardo Palma miniaturista: la tradición "Oficiosidad no agradecida" et ses fuentes. En Julio Ortega y Flor María Rodríguez Arenas (Eds.), *Tradiciones peruanas* (pp. 590-599). Segunda edición. ALLCA XX Université Paris X/ Archivos.
- Lavalle, B. (2018). Los temas indios en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma. *Pluriversidad*, 1(1), 127-138.
- Loayza, L. (1974). *El ávaro y otros textos*. Instituto Nacional de la Cultura.
- Mariátegui, J. (1987). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Amauta.
- Menendez, M. (1880). *Historia de los heterodoxos españoles*. Tomo 3. Librería Católica de San José.
- Menéndez, M. (1893-1895). *Antología de poetas hispanoamericanos*. Real Academia Española.
- Menéndez, M. (1905-1915). *Orígenes de la novela*. Bailly-Bailliere.
- Palma, R. (1874). *Tradiciones*. 2.ª serie. Imprenta Liberal El Correo del Perú.
- Palma, R. (1875). *Tradiciones peruanas*. 3.ª serie. 1.ª ed. Benito Gill, Editor.
- Palma, R. (1883a). *Tradiciones*. 2.ª serie. 2.ª ed. Carlos Prince.
- Palma, R. (1883b). *Tradiciones*. 3.ª serie. 2.ª ed. Carlos Prince.
- Palma, R. (1891). *Ropa apollada*. 8.ª y última serie de tradiciones. Carlos Prince.
- Palma, R. (1899). *Ropa vieja*. Última serie de tradiciones. Carlos Prince.
- Palma, R. (1900). *Cachivaches*. Imprenta Torres Aguirre.
- Palma, R. (1961). *Tradiciones peruanas completas*. 4.ª. ed. Ed. Edith Palma.
- Palma, R. (2005). *Epistolario general (1846-1891)*. (Tomo VIII. Vol. 2 de *Obras completas*). Ed. Miguel Ángel Rodríguez Rea. Universidad Ricardo Palma.
- Prescott, W. (1847). *History of the Conquest of Peru: With a Preliminary View of the Civilization of the Incas*. 2 vols. Harper and Brothers.
- Quiroz, R. (2023). Nostalgias imperiales: el neo-eurocentrismo académico (a propósito del transbarroco peruano y sus detractores españoles). *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XLIX(97), 341-354.
- Riva-Agüero, J. de la (1962-1997). *Obras completas*. PUCP.
- Rivero, M. & Tschudi, J. (1851). *Antigüedades peruanas*. Imprenta Imperial de la Corte y del Estado.
- Tauro, A. (1966). Las *Tradiciones peruanas* y sus fuentes. *Boletín Bibliográfico de la Biblioteca Central de la Universidad [Nacional Mayor de San Marcos]*, XXXIX(1-4), 1-130.
- Vargas, M. (2016). «El primer peruano». *Biblioteca del Inca Garcilaso de la Vega [1616-2016]*. Library Edition.
- Velazco, L. (1955). El Inca Garcilaso de la Vega y su influencia en la cultura peruana. *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega: Actas del Symposium realizado en Lima del 17 al 28 de junio de 1955* (pp. 285-302). Lima, Banco de Crédito.

- Ward, T. (2012). La lectura de Clorinda Matto de Turner al Inca Garcilaso y Blas Valera: Cuando lengua, espacio doméstico y Estado-nación coinciden. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXXVIII(75), 363-380. <https://www.jstor.org/stable/23631278>
- Ward, T. (2018). El incaísmo del Inca Garcilaso en la narrativa corta de Juana Manuela Gorriti. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XLIV(88), 363-388. <https://www.jstor.org/stable/26629926>
- Ward, T. (2019). Las crónicas de Indias y el indigenismo literario y social en el concepto descolonial de la nación de Manuel González Prada. En Francesca Denegri (Ed.), *Ni amar ni odiar con firmeza. Cultura y emociones en el Perú posbélico (1885-1925)* (pp. 37-60). PUCP. <https://doi.org/10.18800/9789972429255.011>
- Ward, T. (2020). ¡Cómo desvanecen los *Comentarios reales* de «Carta canta» de Palma! *Aula Palma, Revista del Instituto Ricardo Palma de la Universidad Ricardo Palma*, (19), 329-348. <https://doi.org/10.31381/ap.voi19.3509>
- Ward, T. (2021). «Sistema decimal entre los antiguos peruanos»: un ejemplo del género ensayístico poco estudiado en Ricardo Palma. *Aula Palma, Revista del Instituto Ricardo Palma de la Universidad Ricardo Palma*, (20), 425-447. <https://doi.org/10.31381/ap.v20i20.4464>

Recibido el 4 de septiembre de 2024

Aceptado el 25 de octubre de 2024